

Tusitala



CUANDO TÚ YA ESTÉS MUERTO

· CASI UNA NOVELA ·

RAFAEL BORRÀS



CUANDO TÚ YA ESTÉS MUERTO

RAFAEL BORRÀS BETRIU

CUANDO TÚ YA ESTÉS MUERTO

Casi una novela



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: febrero de 2016

© Rafael Borràs Betriu, 2015
© de la presente edición: Edhasa, 2016
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1238-6

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 28.736-2015

Impreso en España

Para Borja Martínez,
que aún no había nacido.

Los mejores libros
son aquellos que cuentan lo que ya se sabe.
George Orwell
1984

Los conflictos más vívidos y desgarradores son internos,
y lo que espero hacer a continuación es dar una idea
de cómo es luchar en dos frentes al mismo tiempo,
intentar mantener ideas opuestas vivas en la misma mente
e incluso mostrar dos caras distintas al mismo tiempo.
Christopher Hitchens
Hitch-22. Memorias

Sólo cuando ha perdido ya toda curiosidad
acerca del futuro, alcanza uno la edad idónea
para escribir una autobiografía.
Evelyn Waugh
Una educación incompleta

Todo hombre
debe reinventar su vida alguna vez
Peter Mayer
Editar la vida

Índice

Cuatro citas	9
Uno	
19 de noviembre Miércoles	13
Dos	
20 de noviembre Jueves	53
Tres	
21 de noviembre Viernes	107
Cuatro	
22 de noviembre Sábado	159
Cinco	
23 de noviembre Domingo	217
Seis	
24 de noviembre Lunes	263
Siete	
25 de noviembre Martes	319

Ocho	
26 de noviembre Miércoles	365
Nueve	
27 de noviembre Jueves	405
Agradecimientos	449

UNO
19 de noviembre
Miércoles

Esta tarde he regresado a Madrid, «ese pueblo al norte de Toledo», según lo define Carlos Barral. El general Franco se está muriendo, y el semanario *Facts* ha tenido la humorada de enviarme a España para que escriba no tanto la crónica del evento como un reportaje extenso que recoja las opiniones de diversos sectores sobre el futuro inmediato del país. No sé si ello se debe a mi condición de profesor invitado en el departamento de Lengua y Literatura españolas en la Universidad Libre de Nueva York o a mi condición de supuesto exiliado político; espero que mi pasaporte norteamericano y mis credenciales como «enviado especial» de la revista me amparen de cualquier contratiempo, aunque con estos cables de la embajada nunca se sabe —confío, no obstante, en que mi contacto número uno y mi contacto número dos no me fallen—, pero he acordado con el director de *Facts* que mi trabajo se publique cuando ya haya salido de España. En cualquier caso procuraré «hacer buena letra», como diría el socarrón de mi paisano —¿o debería decir ex paisano?— Josep Pla. Y si quiero podré volver a ver a Flo, aunque no tengo decidido aún si quiero o no quiero verla. No lo sé.

Desde que hemos pisado Barajas nos han tenido una hora retenidos, sin ninguna explicación, en una sala con

una luz mortecina que daba grima; he entretenido la espera fumando; al fin, cuando nos han dejado salir, tras pasar el control de pasaportes, en el puesto en el que revisan de manera aleatoria el equipaje, un guardia muy joven, barbilucio, llevado sin duda de su celo como primerizo en el oficio, me ha preguntado un tanto jaque de dónde venía. Ligeramente cabreado, le he respondido:

—De la duda metódica.

Supongo que sus conocimientos geográficos le han jugado una mala pasada, porque extremando su amabilidad me ha dicho:

—Pase usted, señor, pase.

He recordado lo que me explicó hace tiempo Paco Umbral. En el frustrado homenaje en Baeza a Antonio Machado —años sesenta—, un número de la Policía Armada lo agarró por un brazo con la intención de llevárselo detenido, pero Paco tuvo un pronto feliz y le amonestó:

—A mí suélteme, que yo soy de Juan Ramón Jiménez.

Y lo curioso, según Paco, es que lo soltó. O esto cuenta —o todo cuento, que también podría ser—.

Antes de aterrizar en Madrid he estado día y medio en París —«También yo estuve en París, y fui dichoso», aunque no tanto, seguramente, como Jaime Gil de Biedma—, donde hacía un frío que pelaba, y donde no he tenido tiempo ni de visitar, una vez más, el Jeu de Paume, que entre todos los de la ciudad es, con mucho, mi museo favorito. Pero el solo hecho de poder circular por sus calles me ha devuelto una sensación de optimismo que desde hacía meses no experimentaba —confío que no sea la euforia que a veces me produce el *jet lag*—. Volvía a estar en mi casa, aunque no fuese la mía.

En París me he entrevistado primero con Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España, que a sus sesenta años mantiene la vitalidad de un chaval, y después con Joaquín Satrústegui y Jaime Miralles, dos momias políticas del pasado que son algo así como la Pili y la Mili de la militancia juanista.

Según me contó ayer Santiago en su despacho de la calle de Notre Dame des Champs, encendiendo un pitillo con la colilla de otro, los dirigentes de la Junta Democrática —Rafael Calvo Serer, Antonio García Trevijano, José Vidal Beneyto y el propio Carrillo— hace unos días intentaron contactar con el *Pretendiente*, don Juan de Borbón, para incorporarlo a su proyecto de ruptura. Primero llamó Calvo, después Trevijano, finalmente Beneyto. Visto que cada vez se les alejaba más —«El Señor no está en casa, El Señor está en el dentista, El Señor está en una cacería»—, Santiago decidió que lo llamase José Luis de Vilallonga, portavoz de la Junta, argumentando que, en su calidad de grande de España, el rey estaba obligado a atenderle, lo que a Vilallonga le dejó maravillado, pues ignoraba que gozase de tal privilegio. Santiago le explicó, también, que, como grande, no estaba obligado a quitarse el sombrero ante el rey, y se enfadó cuando Vilallonga, en coña, inquirió si *la grandeur* le autorizaba a pedirle «al rey» un pequeño préstamo, pues andaba mal de fondos. Molesto sin duda porque Santiago parecía saber más de los usos y costumbres cortesanos que él mismo, explicó entonces que don Juan y su mujer son unos chupópteros de mucho cuidado, y para ilustrarlo contó una cena de su padre con ellos en Le Grand Vefour:

—Los condes, que por cierto son bastantes gorriones —nunca devuelven las invitaciones, ya que según la vieja

fórmula familiar, todo les es debido—, se pusieron alegremente las botas en el célebre restaurante. Don Juan comienza siempre ingiriendo los tres o cuatro dry martinis tradicionales antes de que lleguen sobre la mesa las langostas *Thermidor*, las ostras de *Belon*, las angulas cuando las hay, y los hermosos y sangrantes *chateaubriands* cubiertos por una espesa capa de *foie-gras* que el conde se zampa en tres bocados. La condesa no le va a la zaga a su marido en lo tocante al alcohol y a la *mousse au chocolat*, de la que valientemente abusa.

—Y todo esto, ¿quién lo paga? —preguntó Vidal Beneyto, que más que valenciano parece catalán.

—Supongo que mi padre calcularía probablemente cuántos pinos tendría que talar en nuestra finca de Castelltersol para compensar el coste desmesurado de todo aquello.

—¿De verdad no te estás quedando con nosotros, José Luis? —preguntó un poco mosca Carrillo.

—Te aseguro, Santiago —contestó Vilallonga rotundo—, que siempre ha resultado caro ser monárquico «de toda la vida». Lo fue muy especialmente en tiempos de la República y lo ha sido también durante el franquismo, cuando algunos monárquicos —no muchos— hemos tenido a pecho financiar a escote la vida de nuestra familia real en el exilio para que siempre pudieran vivir en buenas casas, alimentarse como es debido y, naturalmente, tener un barquito para ver mundo. ¿Cómo se les ha agradecido a los monárquicos esa a veces difícil generosidad? Pues con alguna sonrisa que otra, pero poco más, porque entre gente bien educada no se habla nunca de estas cosas.

—Bueno, bueno —cortó Santiago—, nosotros a lo nuestro.

Y, en efecto, Vilallonga llamó a don Juan, que no sólo se puso al teléfono sino que lo citó de manera inmediata para escuchar lo que tuviese que decirle. Antes de partir para la entrevista sus compinches le aleccionaron debidamente: tenía que hacerle entender a don Juan que respaldar moralmente la Junta Democrática es la última carta que tiene no ya para reinar en España sino para salvar la Corona, pues don Juan Carlos, rey de la Monarquía «instaurada» por Franco —*Juan Carlos el Breve*, como le denomina Santiago— durará menos que un caramelo a la puerta de un colegio. El más contundente de todos ellos fue Trevijano:

—Explícale bien que lo más probable es que su hijo no reine ni ocho días. No le perdonarán el haber sido elegido por Franco. Pero que si él se convierte oficialmente en uno de los nuestros, todos los monárquicos (sobre todo los que le han lamido durante cuarenta años las botas al dictador), todos los republicanos conservadores, la burguesía entera y los militares se pondrán de nuestro lado para cerrarles el paso a los socialistas de la Plataforma Democrática, que lo primero que harán si se hacen con el poder será derrocar a la Monarquía y proclamar la República. Dile al conde, perdón, al rey, que cuando llegue a Madrid yo le estaré esperando al pie de la escalerilla del avión rodeado de generales incondicionales de su causa.

Vilallonga, cómo no, dijo a todo que sí, pero al llegar al piso de los Marianaos, en el boulevard de Malesherbes, donde se aloja el conde de Barcelona, había cambiado de idea —esto me lo ha explicado luego el tándem Satrústegui & Miralles—, y le planteó simplemente a don Juan, en tanto

encetaban una botella de ginebra Gordons, que la proclamación inminente de don Juanito –como los adictos al padre siguen denominando al hijo– es inevitable, puesto que el Ejército le respalda, y que al día siguiente «los monárquicos de toda la vida», como él mismo, se enfrentarán al dilema de no saber a quién acatar como su rey, si a don Juan o a don Juanito.

El conde de Barcelona le encareció entonces que «apoyen con todas sus fuerzas a Juanito», pero luego Vilallonga ha contado que, «en cuanto empezó a darle en serio a la frasca», don Juan se soltó el pelo:

–¡Pero conste, José Luis, que me ha jodido la silla!

Al regresar al despacho donde le esperaban anhelantes Calvo Serer, Carrillo, García Trevijano y Vidal Beneyto, Vilallonga se limitó a dar cuenta de su supuesta gestión diciéndoles que «Su Majestad no estaba por la labor».

A Joaquín Satrústegui y Jaime Miralles, y a algún otro del grupo monárquico juanista que andaba por París, les explicó, en cambio, la consigna del rey: hay que apoyar a su hijo. A mí me parece que si la Junta le había encargado transmitir un determinado mensaje a don Juan, el que fuese, y él había aceptado hacerlo, lo correcto era trasladarlo tal cual, y luego, si se sentía obligado en conciencia, formular su voto particular discrepante. Después he sabido que, según Vilallonga, antes de visitar a don Juan habló a solas con Santiago Carrillo, quién le preguntó si pensaba repetir todo lo que le había dicho Trevijano.

–¿Tú lo harías? –inquirió José Luis–. Yo no –le respondió Santiago–. Me alegro de que me lo digas, porque yo tampoco pienso hacerlo –concluyó Vilallonga–. Entre otras cosas porque no creo que el Conde tenga futuro alguno en

España. Ha dicho públicamente toda clase de tonterías que no son las que se aprecian precisamente en el Ejército.

De toda la tropa de la Junta Democrática, Calvo Serer me parece el más extravagante; todavía recuerdo, a principios de los años cincuenta, sus ataques a Dionisio Ridruejo y Pedro Laín por «liberales», cuando Calvo oficiaba entonces como un retrógrado convulso. García Trevijano, que tal vez sea el más inteligente de todos ellos, no creo que toque de pies en el suelo. Y Vidal Beneyto, a quien amigos y enemigos llaman Pepín, es el simpático oficial del grupo, el niño mimado, pero el espectáculo de verle deglutir una paella —le conocí en Madrid, hace una eternidad— no es plato que resulte grato. Supongo que Carrillo no tiene mejores cartas que poder jugar.

Invité a Santiago y a su mujer, Carmen, a cenar en la Brasserie Lipp. Es un sitio que me gusta mucho; me lo descubrió, hace años, Meg, como yo la llamaba, o Margaret, como ella quería que la llamase —la más loca de las mujeres que se me han tirado—, pero además tenía la secreta esperanza de que nos topáramos con Jorge Semprún, que vive en la misma acera y es un asiduo del local, pero no hubo suerte; yo había llamado a Jorge pero me dijo que tenía un compromiso ineludible, que tal vez coincidiríamos en Madrid en los próximos días. No sé si Carrillo y Semprún han vuelto a verse desde que, hace diez años más o menos, Federico Sánchez terminó expulsado del Partido. Santiago es aquí un perfecto desconocido —*monsieur Giscard*—, que puede pasar perfectamente por francés, pues lo habla casi sin acento.

Carrillo me contó la entrevista que tuvo el verano del año pasado con Nicolás Franco Pascual de Pobil, procurador en Cortes, miembro del Consejo Nacional del Movimiento

y sobrino carnal del general, en el restaurante Vert Galant, en las afueras de París, acompañados por Teodulfo Lagunero, un empresario millonario amigo personal de Santiago y militante del Partido, y José Mario Armero, presidente de la agencia de noticias Europa Press, dominada por el Opus Dei. La cosa, más o menos, fue así: Nicolás Franco contactó con Armero, Armero con Lagunero, y éste con Carrillo. Según Santiago, Nicolás Franco no le dio ninguna pista «sobre a quién representaba», pero me parece evidente que era el príncipe, en los días en que el general estaba aquejado de la tromboflebitis que hizo temer por su vida.

Carrillo le dijo de entrada que podía comprobar por sí mismo que no tenía «ni rabo ni cuernos como el demonio», y Nicolás Franco le siguió la broma: él tampoco «iba a pedir niños proletarios para comérselos asaditos». Estaban destinados a entenderse. «Toda la conversación, que se desarrolló siempre en términos corteses —me explicó Santiago—, giró sobre el supuesto de que el régimen imperante tocaba a su fin, lo que me confirmaba en mis propios juicios sobre la situación. En esencia él no me dio ningún dato nuevo de manera concreta; pero resultaba significativo, siendo quien era, que diese por supuesto el restablecimiento de la democracia, como conclusión de un proceso que comenzaba a desarrollarse. Y que hablase con un dirigente comunista de las características que ese proceso podía revestir».

La entrevista —que no entiendo, según lo que yo sé, cómo no se ha filtrado en España— me parece un notición. «Tuvimos una larga sobremesa en la que nos referimos a la experiencia italiana —concluyó Carrillo—, donde el Movimiento Social Italiano era un partido legal en el que se agrupaban los simpatizantes de la dictadura mussoliniana.

También le conté una anécdota: un sobrino de Mussolini era militante de la Juventud Comunista italiana. “No le estoy ofreciendo un puesto —le dije riéndome—, usted es ya mayor para militar en la Juventud Comunista”. De todas maneras pude observar que el talante que ponía de manifiesto mi anécdota no le desagradaba».

Me gustaría poder contrastar la veracidad del encuentro y de cuanto allí se dijo con los otros tres comensales. Después le pregunté a Santiago cuál es la posición del Partido en estos momentos. Me dijo que, substancialmente, la misma que le expuso a Nicolás: «El fin de Franco tiene que ser el fin de la dictadura; ningún intento comunista podría cuajar. Los comunistas laboremus por un sistema de libertades democráticas, en el que puedan desenvolverse libremente tanto la izquierda como la derecha, y en el que la fuente de toda soberanía sea el sufragio popular. Como una de las condiciones previas ponemos la amnistía para presos y exiliados políticos antifranquistas, amnistía que un sistema democrático aplicará también a quienes hubiesen incurrido en responsabilidades desde las filas franquistas, pues no nos anima ningún espíritu de revancha. Y un Gobierno provisional que garantice la limpieza de unas elecciones constituyentes».

Santiago me contó también un comentario de François Mitterrand el mes pasado a propósito de don Juan Carlos, «ese rey de tercera mano», al que el líder socialista francés dice compadecer al pensar en «la ola que se lo llevará por delante. ¡Herederero de Franco! Valiente pata para un cojo que corre hacia el vacío!»

Después de cenar los Carrillo tomaron un taxi; yo crucé la calle y me senté en el interior del café Aux Deux Ma-

gots; allí me entrevisté con el representante de mi contacto número uno en España; media hora después, cuando se metió en un coche que pasó a recogerle, entré en el Café Flore, unos metros más allá en la misma acera, donde me esperaba ya el representante de mi contacto número dos. Todo queda en el barrio.

Al día siguiente, es decir, hoy al mediodía, me he reunido con Satrústegui y Miralles en el bar del hotel Ritz, en la Place Vendôme. Me pregunto si habrán leído a Proust. Sólo conozco a un político español, José María de Areilza, del que me consta con certeza que lo haya hecho. Es posible que ni siquiera hayan pasado sus ojos por una página de Hemingway y su *París era una fiesta*, pero qué más da. La Pili y la Mili del juanismo militante se hospedan —como yo, aunque ellos lo ignoran— en el Mont Thabor, a un tiro de piedra del Ritz, y mucho más económico, pero dada mi condición de «enviado especial» de un semanario extranjero han debido creer más apropiado citarme en un sitio más «elegante». En cualquier caso se lo he agradecido pues el Ritz me trae recuerdos muy gratos —otra vez Meg, como yo la llamaba, o Margaret, como ella quería que la llamase—. Ambos los dos han pedido un agua mineral, sin gas Satrústegui, con gas Miralles. Yo una cerveza.

Satrústegui y Miralles son dos monárquicos de placenta previa, fundadores, hace años, de una agrupación denominada Unión Española. Ambos hicieron la guerra con Franco, aunque Miralles, tras la muerte de tres de sus hermanos, fue mandado retirar del frente por el general —Miralles, bastante más joven que Satrústegui, tenía entonces 16 años—. A Satrústegui le quedó como consecuencia de sus entusiasmos

bélicos una cojera que resta arrogancia a sus pretensiones de caudillo de la causa monárquica. Ambos participaron también en el «contubernio de Múnich», a principios de los sesenta, y fueron confinados en Canarias —alguien me ha contado que Satrústegui era remiso a acudir a la reunión, por miedo a la posible pérdida de unas contratas del Estado por parte de la compañía que él representaba, y que sólo se decidió cuando le sugirieron que si él no asistía invitarían en su lugar, en representación de los monárquicos juanistas, a la cabecita loca de Antonio de Senillosa; no sé qué habrá de verdad en todo ello—. Aunque quien lleva la voz cantante es Satrústegui, Miralles me pareció el menos tonto de los dos.

Me han explicado que fueron a París a convencer a don Juan de que de ninguna manera abdique ahora de sus derechos dinásticos a la corona. En el portal de la casa del marqués de Marianao coincidieron con su mujer, doña María, que les reprochó acremente, bolso en ristre amenazante, que, según ella, fuesen «a complicar las cosas». Está claro que «la Reina» —como la llaman— juega decididamente la carta de su hijo Juan Carlos y hace honor al sobrenombre con que, como un chuleta madrileño, la designaba su suegro don Alfonso XIII: «doña María la Brava».

Tanto uno como otro suponen que en la decisión de don Juan de apoyar a su hijo ha debido de influir la visita que hace pocos días le hizo el teniente general Manuel Díez-Alegría por encargo del príncipe y en nombre de las Fuerzas Armadas para transmitirle que éstas apoyan a don Juan Carlos. Me cuentan que la reunión del príncipe con Díez-Alegría y los tres ministros del ramo —Ejército, Marina y Aire— se celebró sin conocimiento del jefe del Gobier-

no, Carlos Arias, que ni corto ni perezoso le presentó su «dimisión irrevocable» por considerarla una intromisión inadmisibles dada su condición de jefe de Estado «en funciones». Naturalmente, Arias revocó lo irrevocable en cuanto el marqués de Mondéjar, jefe de la Casa del príncipe, fue a arrastrarse en su nombre pidiéndole perdón. Pero no dejó de ser una metedura de pata por parte del señorito. Me cuentan, también, que en *Zalacáin*, que se ha convertido en el restaurante preferido de la casta política franquista, un ministro se permitió sentenciar a propósito del desencuentro entre el príncipe y Arias: «A este niñato había que darle una lección». Les pregunté el nombre del deslenguado —¿Fernando Suárez?—, pero no lo saben. No sé si es uno de tantos rumores sin fundamento como estos días circulan por Madrid. En cualquier caso, Fernando Suárez, en febrero de este año, pronunció una conferencia en el Club Siglo XXI en la que alertó sobre la futura actuación del futuro rey de España, del que afirmó que se le podía «pedir reforma, amplitud, incorporaciones y reconciliación», pero al que no se le puede pedir que «ampare ninguna suerte de liquidación, ni la brusca mutación de este Régimen por otro». El búnquer lo tiene claro: el que avisa no es traidor.

(Cuando tú ya estés muerto, «el niñato» se revelará como un digno ejemplar de su estirpe y «borboneará» a Arias en un abrir y cerrar de ojos.

Sobre su cese como presidente, Arias aportará una versión edulcorada según la cual a medida que pasen los días será mayor su convencimiento de que la reforma política y el ritmo que se pretenderá imprimir al proceso de cambio requerirán el concurso de otros hombres, acaso más idó-

neos y mejor dispuestos, por lo que guardará imperecedera gratitud a don Juan Carlos al pedirle su dimisión. Arias, cual víctima agradecida a su verdugo, dejará testimonio de su borboneo: el rey, al cesarlo, le habrá librado de sus escrúpulos para acometer una reforma que ni entenderá ni podrá compartir, y para recompensarle los servicios prestados le concederá el marquesado de su nombre con grandeza de España. Pero la versión que hará fortuna será otra: durante la última entrevista que mantendrá con el rey como jefe del Gobierno, cuando el monarca le exija la dimisión, Arias se resistirá como gato panza arriba, y, según círculos próximos entonces a don Juan Carlos, ambos llegarán a forcejear físicamente cogiéndose de las solapas).

En cualquier caso, el «Pretendiente» a mí me ha parecido siempre un secuaz entusiasta y un opositor ineficaz del general Franco, según las circunstancias de cada momento. Antes de acceder al uso de razón política —si es que alguna vez he accedido a ella—, la primera noticia que tuve de don Juan de Borbón, muy confusa, me la proporcionó mi amigo Jacobo Salcedo —Cobo para los amigos—, que un domingo por la tarde, a mediados de los cuarenta, en casa de sus padres, me contó muy excitado que, según habían comentado a la hora del almuerzo, «el rey» se había «pronunciado» con un «manifiesto» contra Franco. La verdad es que ni Jacobo ni yo —ninguno de los dos rebasábamos los diez años— sabíamos el significado de todo aquello, pero Cobo me enseñó con gran misterio un pequeño impreso con la foto del conde de Barcelona; retuve el nombre, pero mi amigo no supo explicarme muy bien quién era aquel caballero al que sus padres denominaban «el rey», y que, en cualquier caso, para un sector de los vencedores de la Guerra Civil

—pero esto no lo supe hasta muchos años después— era la garantía de que si al término de la contienda mundial caía Franco, se le cerraba el paso al odiado Frente Popular. Pero está claro que las cosas no salieron como aquellos estrategas de salón habían previsto, y al rebufo de la Guerra Fría el general salvó el pellejo, en tanto que el Pretendiente se quedaba con un palmo de narices. Hasta hoy, cuando décadas después Franco se muere en la cama y quien le sucederá no será don Juan sino su hijo don Juan Carlos, que efectivamente «le ha jodido la silla».

(Cuando tú ya estés muerto, a principios de los años noventa, Satrústegui pedirá públicamente, en el transcurso de una conferencia muy sonada, que don Juan Carlos I otorgue a su padre don Juan de Borbón el título —supongo que honorífico— de Majestad. Pocos días después, Torcuato Luca de Tena presentará en Madrid la primera entrega de sus memorias, cuyo bautizo será apadrinado por José María de Areilza y Ricardo de la Cierva. El conde de Motrico —que a estas alturas ya no creará ni en sí mismo— me cogerá aparte y me comentará, entre sarcástico y divertido, que Satrústegui es un loco: el país, que no es monárquico, aguanta a duras penas a un rey, me dirá, y dos podrían provocar la caída fulminante de la institución. Me quedaré con la duda de si el conde de Motrico ha sucumbido ya a la tentación de asumir el papel de Alcalá-Zamora que le atribuirá Carrillo y va a pasarse, finalmente, al campo republicano. Pero muchos años después comprobaré que Areilza no tenía razón: ahora el país sopor-ta tan pancho no a don Juan III y a don Juan Carlos I, sino a don Juan Carlos I y a su retoño Felipe VI).

A última hora ha comparecido José Luis de Vilallonga en el bar del Ritz. Alto, bien plantado, con un punto de timidez que trasluce su inseguridad, al lado de Satrústegui y Miralles este «galgo bípedo» sí parece «un monárquico de los de toda la vida», alguien a quien su abuela paterna, de pequeño, ya trataba de usted. Y aquí, en este local recoleto, a diferencia de sus dos «compis» se desenvuelve como Pedro por su casa. En tanto le servían, sin que lo hubiese pedido, un whisky de malta, le he preguntado si, como portavoz de la Junta Democrática, él tenía constancia del encuentro entre Carrillo y Nicolás Franco el verano pasado. Me ha dicho que sí, que él estaba en otra mesa, solo, con la misión de identificar al enviado del príncipe —dio por supuesta su calidad de tal—. Y que en un momento determinado se levantó y fue a los aseos, donde se le reunió Carrillo, al que reveló la identidad de su interlocutor. No me he creído nada, porque, según Carrillo, él ya sabía por Lagunero con quien iba a almorzar.

Pero me ha dado la impresión de que Vilallonga no sólo juega a conspirador; se cree su papel, que, de ser conocido por la familia de Flo, para quien me da recuerdos, los dejaría más que escandalizados. ¡Un retoño de los Castellell y Segur revuelto con el asesinato de Paracuellos y demás gentuza! El mundo se acaba, pensarían.

(Cuando tú ya estés muerto, Vilallonga se hará literalmente millonario con la publicación de una biografía autorizada de Su Majestad, que se convertirá en un *best seller* y será traducida a varios idiomas; a la muerte de Carrillo, don Juan Carlos y doña Sofía acudirán prestos a la casa mortuoria, sólo dos horas después de producirse el óbito, para testifi-

car su más sentido pésame a Carmen y a sus hijos. El rey declarará que fue «una persona fundamental para la democracia», y la canallesca —*El País* en primera línea—, lo jaleará —a Carrillo, no al rey— como «un artífice de la reconciliación». La familia de Flo, con el vizconde de Patohermoso a la cabeza, hará tiempo que, en la intimidad, eso sí, se habrá declarado republicana.)

No había vuelto a Madrid desde hace casi dos años, cuando la voladura del almirante Carrero Blanco, jefe del Gobierno, quien con su aire siniestro parecía un sacristán de pueblo malencarado. Fue la última vez que estuve con Flo, lo recuerdo muy bien, y posiblemente será la última ya para siempre; no quiero empecinarme en lo que pudo haber sido y ya no es posible que sea —¿o sí lo es?—.

La noticia me sorprendió en casa de Dionisio Ridruejo, de quien no conseguí que aceptara mi invitación a participar en un simposio sobre la poesía de Federico García Lorca organizado por mi departamento. Ridruejo tenía escaso aprecio por la obra de Lorca, a excepción de *Poeta en Nueva York*, pero su negativa se debió a que pensaba que los acontecimientos se precipitarían en los próximos meses y que no debía abandonar España en aquellos momentos.

Y tanto que se precipitaron. Yo acababa de publicar en Oxford University Press una antología bilingüe de los poemas de Lorca —selección, traducción, prólogo y notas—, y Ridruejo, con ese afán didáctico que siempre le caracterizó, me estaba explicando —a mí— la influencia de Walt Whitman en *Poeta en Nueva York* cuando su mujer, Gloria de Ros, entró en el despacho; parecía una matrona romana dispuesta a dar órdenes al personal de su casa, y nos soltó la noticia: